

CASTILLO DE ANGERS.

Esta fortaleza, que se halla situada en el departamento de Maine et Loire, que se empezó á edificar en el reinado de Felipe Augusto y se concluyó en el de Luis IX, se eleva sobre unos 32 metros sobre la Mayenne. Está rodeado de ocho grandes torres de piedra pizarrosa, que le dan un aspecto triste é imponente, y de un foso cortado en la roca, de 20 metros 23 centímetros de ancho, sobre 10 metros 71 centímetros de profundidad. En la actualidad está destinada á prision y á depósito de pólvora.

GARCIA DEL CASTAÑAR.

I.

Después de los graves conflictos que acarreó al país la minoría de Fernando el Emplazado, vertiéndose por esta causa copiosos raudales de sangre, veremos al recorrer los fastos históricos de aquellas épocas azas turbulentas, que se renovaron en España por la centésima vez tan repugnantes escenas, siendo distintos los actores, pero iguales y uniformes los acontecimientos durante la menor edad de Alfonso el XI.

Ir enumerando una serie consecutiva de agresiones monstruosas y de encuentros tan violentos como repetidos que traian en pos de sí la desolacion y las vejaciones mas notables, fuera una torpeza, puesto que los estrechos limites de este artículo no permiten analizar los derechos que aducian cada uno de los cuatro partidos que por entonces se disputaban con fiereza la suspirada regencia del reino.

Pudiendo por esta razon solamente mencionar con la mayor concision posible los hechos principales que tuvieron lugar durante aquella década, insinuaremos que sus tíos D. Pedro y D. Juan repartieron entre sí las atenciones del gobierno, ora fuese porque disponian de mas fuerzas con que imponer la ley al país, ó tambien porque los pueblos, cansados de tantas reyertas les proporcionasen materiales de todos géneros, hombres y dinero con que vencer.

Pero esta suspension de hostilidades duró muy poco, y presto la guerra civil, sofocada por algun tiempo, vino á hacer resplandecer con sus fatídicos fulgores la tea de la discordia al morir estos dos gobernadores; entonces fué cuando se suscitó de nuevo la cuestion que parecia estar ya olvidada, y las armas protegieron la causa de la Reina Doña Maria, abuela del rey; restándonos añadir que tres años después de estos sucesos la defuncion de Doña Maria fué motivo suficiente para que este azote de la humanidad, revestido de los atributos mas violentos, ejerciera su terrible influjo, y este país, bastante

vejado ya, llorase con lágrimas de sangre las consecuencias de tanta calamidad como pesaba sobre él.

Mas era llegado el momento ansiado de todos, en el que Alfonso el XI cumplia quince años.

Proclamado rey y declarada su mayoría á la faz del pueblo, Alfonso el XI, revestido de un carácter severo que le cuadraba bien, dando á conocer un corazon resuelto y su indescribible energia, tomó sobre sí la grave responsabilidad que trae consigo el mando, dando pruebas inequivocas de sus profundos conocimientos, poniendo á raya las desmesuradas pretensiones de obstinados rebeldes que aun combatian su regio poder.

Hecha esta breve nomenclatura de los males que acarreó á España la minoría de Alfonso el XI, penetremos ahora en uno de los vastos salones que tenia el alcázar suntuoso de la imperial Toledo.

II.

Los pálidos fulgores que despedia un amortiguado sol, perfilaban los contornos de dos personajes que con los brazos cruzados sobre el pecho y la sumision retratada en sus espresivos rostros se mantenian á una respetuosa distancia, copiando con afectuosa solicitud hasta los mas insignificantes movimientos de otro que con la cabeza erguida y la frente radiosa y serena leia con estremada avidez un pergamino, resbalándose por sus breves labios una simpática sonrisa.

Mientras que este permanece haciéndose cargo silenciosamente de aquel escrito, nosotros recorreremos con la vista su estancia: dobles cortinajes de gasa y terciopelo carmesí recamado de oro, obstruian las ventanas, al través de las cuales se divisaba un laberinto de jardines, cuyos perfumes llegaban hasta allí; las paredes estaban revestidas de raso color azul, con festones y cornisas doradas; magníficas lámparas de caprichosas formas y de trasparente cristal pendian de un techo pintado al fresco y que habia enriquecido el pincel con bellas alegorias; bustos primorosamente vaciados que representaban otros tantos reyes de la raza goda, en los que el escultor habia trabajado con incansable solicitud para darles su aspecto fiero, logrando por fin que su envidiable cincel imitara perfectamente su ropaje y postura, su penetrante mirada y hasta su espresion; pórticos profusamente dorados con ricos florones y no escasos jeroglíficos; sillones engastados en nácar y marfil; refulgentes alfombras de costoso valor sobrecargadas de vistosos paisajes, y por último grandes jarrones de china repletos de odoríferas flores, formaban el complemento de los muebles que engalanaban aquella vivienda real.

5 DE OCTUBRE DE 1852.

Tal era el aspecto grandioso é imponente que ofrecia la régia cámara de Alfonso el XI, al que acompañaban el conde de Orgaz y su fiel servidor y confidente Rui Garci-Perez.

Alfonso el XI, con reposado continente y mesurado andar, se aproximó á una mesa, y cogiendo otro pergamino, hizo á la vez vibrar una sonora campanilla de plata: minutos después el de Orgaz se acercaba tímidamente á su rey acentuando estas frases:

—¿Qué manda V. A. á su humilde vasallo?

—Que me leais los ofrecimientos que me hace mi pueblo para la guerra de Algeciras.

—Señor, grandes son.

—Tanto mejor, así venceremos, añadió resueltamente Alfonso, y torciendo la vista, dirigió una penetrante mirada á Garci-Perez, el cual, aproximándose obediente y sumiso hasta el paraje que se encontraba Alfonso, prestó atención á unas cuantas palabras que este profirió con cautela, y desapareció.

Durante este corto intervalo el conde había encontrado el pergamino, y se disponía á leer; pero el rey parecia estar distraído, y el cortesano lo contemplaba en silencio.

III.

Cinco leguas escasas de la imperial Toledo distaría la dehesa del Castañar, que yacía completamente oscurecida, merced á los enormes montes que la circundaban, y por cuyas ásperas vertientes se precipitaban los torrentes de una tan pura como cristalina agua.

Al pié de una sierra fría y escarpada se distinguía la dehesa del Castañar, cuyo frontispicio, que sobre tres arcos estribaba, mostrábase severo é imponente en el centro de aquella soledad; destacábanse de su fachada riquísimos balconajes con adornos de bajo relieve, y un tejado de relumbrantes pizarras con sus globos de metal dorado y sus incrustadas puertas, constituían la morada de García del Castañar.

Este hombre, cuyo carácter gozaba fama de rústico, hallábase ocupado en ofrecer á su bella esposa las pieles de oso y jabali que en la última cacería había muerto, cuando se percibió el ruido de una cabalgadura, cuyas herraduras, al chocar con los duros pedernales, despedían rudas chispas, no tardando en apearse de ella un apuesto caballero, que vestido á la usanza de aquellos belicosos tiempos, y llevando pendiente del cinto una larga tizona, se personó en la vivienda donde moraba García del Castañar.

Una breve genuflexion siguió á esta improvisada visita, y un hermoso carmin coloró la mejilla pudorosa de aquella mujer.

—Vuestra merced me disculpár si os he interrumpido vuestros quehaceres, acentuó taimadamente este personaje dirigiéndose á Doña Clara, la que no osó levantar la vista del suelo, sin duda para que no notara su turbación.

—No, de ninguna manera, contestó por ella D. García, antes por el contrario, yo me alegro de vuestra visita, pues de este modo sabré las nuevas que corren por la corte.

—Pocas son, señor; la guerra de Algeciras es de lo que mas se habla.

—¿Y el rey, qué dice de la guerra?

—Al rey, señor del Castañar, profirió irónicamente Garci-Perez, le ocupan mas otras empresas; y levantándose rápidamente de un cómodo sitio después de pretestar una fuerte jaqueca, se retiró á descansar no sin deslizar entre las breves manos de Clara un billete.

Mientras que García del Castañar se daba mil parabienes por haberse aposentado en su casa tan cumplido caballero, el muy ladino del confidente ponía á prueba la virtud de Clara, escitándola á que recibiera clandestinamente á Alfonso.

Bien notorio es hoy el carácter que dominaba á este rey en sus empresas amorosas, y la posteridad le juzga cual merece al analizar los variados episodios que constituyen su airada vida, corroborando estos asertos el trato ilegítimo que sostuvo con Doña Leonor de Guzman, la que pereció á manos de D. Pedro el Cruel, pagando él á la vez este crimen con su cabeza en la memorable villa de Montiel.

Lujurioso, lascivo y enamorado hasta dejarlo de sobra, estos eran los atributos que se vislumbraban al través de aquel rostro valiente y juvenil que ostentaba con orgullo Alfonso, el cual, habiendo sabido que en el Castañar existía una perla mal escondida entre aquellas ásperas rocas, se decidió á tenderle una red, cuyo proyecto comunicó á su fiel confidente, viendo á poco marchar por un camino de travesía, y á lomos de un hermoso caballo de batalla, al célebre Garci-Perez, en busca de esa perla que ansiaba poseer Alfonso.

Mientras que Garci-Perez asediaba á Clara, el conde de Orgaz leía con marcada gravedad el pergamino de que ya tiene conocimiento el lector.

IV.

Una sonrisa de triunfo se retrataba en el semblante espresivo de Alfonso el XI al escuchar las muestras de aprecio que le prodigaban los pueblos, cuando el de Orgaz pronunció con voz breve, sonora y clara

la primera oferta que García del Castañar hacia á su rey. Entonces, Alfonso, al percibir aquel nombre, interrumpió bruscamente á su secretario, valiéndose de estas frases:

—¿Qué nuevas cuenta ese pergamino de García del Castañar?

—Señor, escuchad, acentuó rápidamente el de Orgaz, y leeré á V. A. lo que dice este pergamino; y Alfonso, dilatando sus pupilas, y duplicando la atención, se resolvió á oír con sobrada impaciencia todo lo que atañera á García, mientras que la poderosa voz del conde hería los oídos del rey, articulando las siguientes palabras:

—García del Castañar dará para esta jornada cien quintales de cecina, cuatro mil fanegas de harina, de cebada dos mil, de vino catorce cubas, seis hatos de sus ganados, y cien peones dispuestos para la guerra...

—Es grande su lealtad é inmensa su riqueza, conde de Orgaz...

—Oiga V. A. cuál termina tan espléndida donación.

—Doy tan corta poquedad, porque este año ha sido muy escaso; mas ofrezco á mi rey mi brazo, mi vida y hacienda, como todo leal vasallo debe hacer cuando el rey y la religion peligran.

—Castañar, presto mi omnímodo poder se estenderá hasta tí, pues á los hombres de tu calaña, Alfonso el XI los protege, ampara y cubre con su manto real.

—Mas grande sería la alabanza si V. A. supiera lo que vale este hombre.

—Dadme á entender sus prendas, conde de Orgaz, pronto, muy pronto, porque hombres como este busco yo con afán.

Entonces el de Orgaz, reprimiendo su impaciente deseo y dando treguas para que se escitase mas y mas la curiosidad de Alfonso, comenzó así: si á la guerra de Algeciras lo llevara V. A., os daría qué pensar su estremada prudencia, su tacto y agudo ingenio; notaría que de su boca se desprenden las verdades sin embozo; pero lo que encierra, señor, en sí de mas notable, es que siendo rico, sus aspiraciones son modestas, que es valiente sin hacer alarde de ello, y por último, un labriego sin doblez ni malicia.

Al terminar este panegirico el altivo conde de Orgaz, cruzó los brazos y esperó tranquilamente que interrumpiera Alfonso el silencio.

Poco después Alfonso levantó su vista fascinadora al cielo, en el instante que Garci-Perez asomaba su puntiaguda cabeza por entre los pliegues de un cortinaje, escuchando de boca del príncipe estas palabras:

—Decid, conde de Orgaz, á García del Castañar, que mi real persona le manda llegue á las puertas de mi regio alcázar.

V.

Dar á conocer los medios que con estremada sutileza puso en juego el entendido Perez para inclinar el ánimo de Clara á seguir la senda bastante difícil que ante su calenturienta razon le delineaba revestida de brillantes coloridos el confidente del rey, fuera estendernos mas de lo que nos hemos propuesto; por consecuencia solamente diremos que Clara, muger tímida é irresoluta, que se turbaba y sobrecoja al oír tan solo el nombre del rey, que fluctuaba entre el deber y el amor que ya le inspiraba Alfonso, no pudo en manera alguna resistir con sus débiles fuerzas á los repetidos ataques de Garci-Perez, ni permanecer mas tiempo insensible á los ecos de la pasión, la que bien pronto, al verificarse una reaccion espantosa en sus adentros, hizo que la llama que nacia en sus entrañas se convirtiese en un carño de carácter nada vulgar, reconcentrándose con tanta violencia en el fondo de su joven corazón, que el mismo Garci-Perez, ebrio de gozo, no podia calcular al punto que la conduciría aquel amor desinteresado.

Tal era la posicion eventual de Clara, supeditada por este amor al capricho de un monarca asaz veleidoso, cuando el ejército de Alfonso el XI se disponía á repeler con la fuerza al caudillo musulman, que conduciendo otro en demasia numeroso avanzaba rápidamente, desembarcando poco después en las costas de Andalucía.

Mientras que el célebre García del Castañar, rebotando de gozo por las lisonjas con que el rey constantemente le acariciaba su orgullo, se mostraba hasta displicente con su muger, bella y envidiable, ocupándose en organizar, instruir y equipar su bizarra hueste, Alfonso, disfrazado de caballero, sin mas séquito que el de Garci-Perez, y aprovechando, no solo la corta distancia que mediaba entre Toledo y el Castañar, si no tambien protegido por las sombras de la misteriosa noche, partía á gozar en las brazos de Clara de las delicias con que le brindaba aquel amor.

Pero para que se forme un cálculo aproximado del carácter de Alfonso, podemos aducir para probar su inconsecuencia y hasta su maldad, que cuando tornaba de hacer mil protestas y juramentos á Clara, trocados por tiernos halagos, se internaba sonriéndose maliciosamente en las habitaciones que ocupaba Doña Leonor de Guzman, siendo pródigo en palabras que rebosaban ternura y bondad, sosteniendo con artificioso cuidado este doble papel.

VI.

Corría á todo esto hácia su fin el año de 1340... año que cubrió de gloria á las armas castellanas capitaneadas por Alfonso el XI... año repetimos que forma época en los fastos españoles.

Presentaremos pues á la vista del lector el cuadro sorprendente y admirable que ofrecía aquella inmensa línea de batalla formada por unos 50,000 infantes, entre los cuales serpenteaban 13,000 caballos, con sus clarines y estandartes estos, con sus banderas é instrumentos bélicos aquellos.

El ejército musulmán se presentó apiñado y peor distribuido, en una palabra, sin orden ni concierto, juntamente que su mal organizada caballería torpemente dispuesta para el combate.

Sin embargo, un entusiasmo sin límites se reverberaba en sus fieros y cetrinos semblantes, no siendo menor el de los españoles, los cuales combatían por la mas santa de las causas, por Dios y su rey.

Corría separando los dos campos el pequeño río del Salado: los cristianos fueron los primeros que le vadearon, arrojándose á él con tanto furor y tanto encono, que el enemigo se mostró reacio á la voz de sus jefes, cobarde ante el peligro: poco después el ataque, al principio gradual, se hizo general, y los sarracenos fueron perdiendo terreno.

En este momento de perplejidad, de duda, de desconfianza, en una palabra de cobardía, el rey de Castilla, destacándose con un cuerpo de escogidas tropas, entre las que iba el escudron que comandaba García del Castañar, después de practicar un insignificante rodeo, cayó de improviso sobre el ala derecha del ejército enemigo, al mismo tiempo que su retaguardia era atacada por las tropas apostadas en Tarifa.

Entonces fué cuando el ángel exterminador principió á ejercer su terrible ministerio en medio de aquella apiñada muchedumbre, que moría ignominiosamente ante el poder de las armas combinadas.

¡Dichosos aquellos siglos en que los reyes también esgrimían su espada al frente de sus ejércitos, y esponían su vida como el último de los soldados!!!...

La victoria del Salado se comunicó por toda la Península cual si fuera una chispa eléctrica, sucumbieron las plazas mas codiciadas de los agarenos, tales como Teba, Alcalá la Real y Algeciras.

Si bien es cierto que esta batalla, según el común sentir de todos los historiadores, costó muy poca sangre, sin embargo, entre la poca que se vertió se contaba la de García del Castañar.

¡Hermosa lección para esos hombres sin honor ni corazón, que únicamente ambicionan atesorar enormes sumas, montones de oro; pero que jamás prestan un servicio á la patria!

Prosternaos pues y saludadle con respeto: así lo hizo Alfonso XI, el cual derramó una lágrima al pie de su féretro, mientras que la esposa de García del Castañar, renunciando sus derechos al corazón de Alfonso, rey querido y victorioso, purificaba su alma en el crisol de la religión penetrando en una clausura.

JOAQUIN DALMAU.

EL CASTILLO DE MONTRICHARD,

6

HISTORIA DE GUILLERY.

1606.

(Conclusion.)

EL SITIO.

No se oye mas estrépito que el del cañon.
ANÓNIMO.

Al concebir y ejecutar con tanto atrevimiento el rapto de Jaquelina, solo había obedecido el terrible Guillery á los instintos de su odio al respetable gremio de los Prebostes. Su objeto único era sacar una suma razonable al rico padrino de la joven: por lo demás, aquel hombre, que se estremecía con una especie de placer diabólico en presencia de los humanos padecimientos, ostentaba admirables rasgos de grandeza y de generosidad, que semejantes á unos resplandores fugitivos, iluminaban la sombría noche de su alma.

En cuanto á Jaquelina, la habían vendido los ojos al conducirla á la fortaleza, y la instalaron en una pieza sin comunicacion exterior, entregándola al cuidado de una vieja, á la que ella quiso, aunque en vano, corromper. La respetable matrona era sorda, y se negó á entender lo que Jaquelina la decía por señas.

Por este relato se echa de ver que Guillery conocía perfectamente el oficio de carcelero y el de raptor. En efecto, después que se desva-

necieron los primeros paroxismos del dolor, viendo Jaquelina que sería inútil cuanto intentase para huir, acabó por conformarse con su suerte, y vistiendo su desgraciada aventura con las gracias de una novela heroica, se imaginó al fin la heroína de interesantes y misteriosos acontecimientos. Aceptó pues su rapto como la realización de un sueño dorado, pues aunque el dolor de verse separada de sus parientes y de su novio había en un principio embargado sus facultades, el último tenía sobre sí dos grandes culpas: primera, la de estar ausente; segunda, la de no haberla libertado del poder de su raptor. A todo esto añadía ella otros argumentos incontestables. El digno sargento era rubio y tenía ojos azules; blando de condicion, pero desesperadamente fastidioso. El bandido por el contrario: ojos negros y brillantes; una cabellera como el ébano, dientes blancos, pequeños y acerados, bigote retorcido, y sobre todo una sonrisa encantadora é irresistible.

Todas las mañanas esperaba Jaquelina que su tirano invadiese el aposento en que yacía cautiva, y tenía dispuesto en consecuencia su plan de operaciones: desde el género patético hasta el sarcástico, desde las lágrimas hasta el desprecio, todo lo había ensayado para hacer que ante su hermosura doblase la rodilla su altivo perseguidor. ¡Vana esperanza! El perseguidor no parecía, y su conducta daba á entender que se había olvidado de tan bellísima prisionera.

Cierto día descubrió en un ángulo de la estancia que la servía de cárcel una escalera estrecha. Aventurose por ella, y vió que conducía á una torreilla del castillo que daba al campo. ¡Cuál fué su asombro al ver inmediato á la puerta principal de la fortaleza á un caballero cuyas facciones le revelaron la fisonomía de Raoul! Era este en efecto, y solo aguardaba que le llevasen un caballo para alejarse de Montrichard. No tardó en hacerlo, pues apareció á pocos instantes fuera del recinto un soberbio corcel, montó al punto el animoso joven, á pesar de tener los ojos vendados, y seguido de varios hombres armados desapareció entre la selva. Raoul recobraba su libertad, y Jaquelina, llena de remordimientos, ni aun podía entregarse á la esperanza.

En tanto que tenían lugar estos acontecimientos en la Turena, el rey recibía corte en el Louvre y atendía también á las necesidades interiores y exteriores del territorio. La aventura de Raoul había hecho ruido, y su nacimiento y posición en el país habían llamado la atención hácia las correrías y robos de la partida de Guillery. El prebostazgo se conmovió y dirigió una queja formal al parlamento.

Raoul permanecía retirado en su castillo de Mareuil, pensando tristemente en la suerte de Jaquelina y del pobre sargento, cuyo paradero ignoraba, cuando le anunciaron la llegada de un mensajero del señor de Parabelle, gobernador de Niort. Hizosele entrar; él por su parte saludó respetuosamente al joven conde y le entregó un pliego. Rocorrióle Raoul, y mandando que le llevasen un caballo partió al galope. El gobernador le llamaba para asuntos concernientes al servicio del rey.

No bien llegó nuestro joven á Tours, cuando se presentó en la casa municipal. Parabelle, que deseaba con ansia aquella entrevista, elogió mucho su conducta durante la cautividad que había sufrido, y lo condujo á una sala particular, pues en la principal estaban los prebostes y los comandantes militares, cuyos cuerpos y destacamentos iban atravesando la plaza. El gobernador cerró la puerta y preguntó al conde qué era lo que le había sucedido con Guillery, y en dónde estaba situada la madriguera de este bandido. En vano se atrincheró Raoul en su juramento; en vano invocó la fé de caballero para que no se le obligase á hablar de aquel asunto: el gobernador estuvo inflexible; habló de los deberes que todo noble tiene que cumplir con su soberano; apeló por último á la religión, y le levantó el juramento que había prestado. El pobre joven se vió en la precisión de declarar todo lo que sabía, y contra su gusto le dieron el mando de las tropas que componían la vanguardia. Conmovido por la gratitud que le manifestaban sus compatriotas, olvidó por un instante sus concienzudas preocupaciones, y solo pensó en cumplir con sus obligaciones de soldado. Comunicáronse al punto órdenes terminantes, moviéronse los diferentes destacamentos, y una division de cuatro mil quinientos hombres, con el gobernador de Niort y diez y ocho prebostes al frente, se puso en marcha sin perder momento, con la artillería de sitio correspondiente.

Dos días después, el hermoso valle que ya conocen nuestros lectores, y teatro del combate que fué tan fatal para el sargento, había cambiado completamente de aspecto. En el fondo se elevaba amenazadora y coronada por los vapores de la mañana la fortaleza de los bandidos, con sus torres acanaladas, sus bastiones, su puente levadizo y su bandera negra ondeando al viento en señal de muerte. Al observar la profunda calma que la envolvía, cualquiera hubiera creído que sus tranquilos moradores nada tenían que temer de las tropas que á la sazón atravesaban la llanura.

A la izquierda del bosque se veían las banderolas de las tiendas de la division sitiadora: las barreras que las cercaban se animaron y guarnecieron pocos momentos después. Los gritos de los centinelas y las carreras de los ordenanzas, que atravesaban el espacio compren-

dido entre los cuerpos, comunicaban á aquella escena un aspecto particular y variado, imposible de describir.

Un hombre de edad madura, cubierto de brillantes armas y apoyado en un caballero joven, de pálido y melancólico semblante, salió de la tienda principal del campamento. Dirigiéronse ambos hacia un grupo apostado sobre una eminencia, y cuyos rápidos movimientos contrastaban con la tranquilidad que dominaba en tan imponente escena.

El personaje de mas edad dió á su compañero un golpecito en el hombro, y le dijo:

—¡Ira de Dios, señor Raoul! Esta magnífica mañana me rejuvenece, pareciéndome de buen agüero para el glorioso día que empieza. Esto me recuerda mis antiguas campañas.

—Lo creo, lo creo: con semejantes escenas se esplaya el ánimo y se alegra el corazón del guerrero: pero en otro tiempo combatías contra el extranjero, al paso que hoy...

—¡Hoy combatimos contra los enemigos del país y del rey! Por el infierno! A no ser por vuestra conducta anterior, casi me hariais dudar de vuestra fidelidad al rey.

—Señor de Parabelle, repuso el conde Raoul con voz de trueno, agradeced á vuestros blancos cabellos...

—¡Hola, gallito mío! ¿Con que cruzaríais vuestro montante con el del viejo Parabelle? Vamos, vamos, si he hablado á lo joven sin juicio, obrad vos como hombre experimentado, y examinad conmigo lo que harán hoy nuestros falconetes. Ea, venga esa mano y hablemos solo para dejar bien puesto el honor de la bandera. ¿Qué es eso, bribones? añadió dirigiéndose al grupo de que hemos hablado. ¿Con que Juana está todavía muda como un trapense? Despertadme pronto ese nido de buitres, para que los oigamos graznar.

No bien habló el jefe, los artilleros cumplieron con su deber, y una terrible detonación justificó á las culebrinas dispuestas en batería de la acusación que acababa de hacerles.

Una ligera nube de humo ocultó al punto el aspecto de la fortaleza.

—¡Viva! exclamó el anciano guerrero entusiasmado por aquel estrépito tan grato á su oído. Duplicad la dosis y que acudan á sus cañones.

Un silencio profundo sucedió á la segunda descarga. Parecía que el castillo estaba abandonado, ó que algunos defensores invisibles se habian encargado de su custodia. Ni un solo hombre armado se veía en las torres: todo permanecía mudo, triste y desierto.

Los soldados, llenos de inquietud y de asombro, empezaban á mirarse unos á otros, dudando si continuarían haciendo fuego contra un enemigo impalpable.

Observando el viejo Parabelle estos síntomas de debilidad, y haciéndose cargo del espíritu supersticioso del soldado, no quiso que ganasen terreno aquellas ideas peligrosas, y gritó con acento placentero:

—Los tunantes están como cubas, y roncan como monjes. Ea, otra rociada, para que se les espabilen los sentidos.

Grandes carcajadas contestaron á las palabras del jefe, y los soldados cobraron ánimo: un instante después resonó otra descarga mas terrible que las anteriores.

Tiempo perdido: el silencio mas profundo volvió á reinar en el valle.

Entonces ya se manifestaron entre los artilleros señales de una emoción evidente. Unos se santiguaban, otros sostenían que veían balancearse en las ennegrecidas almenas del fuerte á una falange con chispeantes ojos, con pies disformes y retorcidos, que huían después volando y arrojando grandes carcajadas.

—¡Já! ¡Já! ¡Já! exclamó el gobernador; vereis, Raoul, que nos la han pegado y que el nido está solitario.

Diciendo así, se apoyó en él, y los dos solos, en presencia de los soldados atónitos de tanta audacia, se adelantaron hacia el castillo.

—Nada bueno indica ese silencio, murmuró Raoul; sospecho alguna maldita emboscada.

—¿Teneis miedo, caballero? le preguntó el anciano guerrero con ironía.

—¡Miedo! repitió Raoul: he ahí una palabra, señor gobernador, que puede costaros mucho.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando cogió á Parabelle por el brazo y le obligó á adelantarse mucho mas hacia el castillo.

—¡Eh! ¡Eh! le gritaba el viejo. ¿Qué prisa teneis! ¿Quereis que me rompa los huesos? Dejad al menos que respire.

—Nada, nada, repuso Raoul: me habeis preguntado si tenía miedo, y quiero ver si os poneis tan cerca de ellos como yo.

—De ningún modo, si camináis tan de prisa; os hago justicia, compadre...

La elocuencia del viejo se vió de pronto interrumpida, pues acababan de llegar á una altura enteramente descubierta; hiciéronles desde la fortaleza un fuego terrible, y las balas silbaron á los oídos de los dos aventureros.

Sorprendido Parabelle, hizo un gesto y quiso detener á Raoul; pero este, con la admirable sangre fría que le caracterizaba, le hizo andar unos cien pasos mas, y así se encontraron después de aquella espues-tísima marcha, al abrigo del fuego, por la escabrosidad del terreno.

—Me rindo, me rindo, dijo el gobernador respirando; sois un valiente, lo confieso, y me declaro vuestro leal servidor.

—Vuestra aprobación me honra en extremo, contestó el joven, y ahora me parece que es tiempo de obrar.

Dicho esto se quitó la faja y la hizo ondear sobre su cabeza para llamar la atención de los soldados.

Estos, que habian admirado la carrera de sus jefes, al conocer que tenían por contrarios á hombres de carne y hueso, adelantaron poco á poco su artillería: al mismo tiempo salió del campamento la infantería y se empeñó la acción por ambas partes con encarnizamiento.

El cañoneo duraba ya algunas horas sin resultados: el fuego del fuerte causaba estragos en sus enemigos, y estos empezaban á murmurar y á pedir á gritos el asalto, cuando una bala de la batería que antes nos ha ocupado se introdujo en una de las torres colocadas en el ángulo derecho de las fortificaciones. Al punto se dejó oír una terrible explosión y tembló la tierra bajo los pies de los sitiadores. Entonces se vió un espectáculo deplorable. Dispersos por la explosión los infelices defensores del castillo, fueron arrojados á grandes distancias hechos pedazos: armas, maderos y fragmentos de piedras caían sobre las líneas avanzadas de los sitiadores, como una lluvia de fuego. Del seno de aquel cráter humeante salió de pronto con la visera baja un caballero cubierto de armas oscuras y seguido de numerosa tropa, que se precipitó sobre la infantería y la hizo recular. Conociendo que el castillo se desplomaba, los sitiados hacían una salida, y semejante á un jabali acosado por furiosa tralla, el jefe de los bandidos señalaba con su acero en aquella masa viviente un ancho y sangriento surco.

Ya iba tal vez á conseguir su deseo, cuando por ambos lados del bosque desembocaron las tropas de las municipalidades. Los del castillo se vieron pues cercados por todas partes y no pudieron hacer mas que vender caras sus vidas. El jefe de las tropas municipales, que llegó de los últimos al teatro del combate, acababa de encontrar al de los sitiados. El choque fué terrible.

—A ti, bandido, el vengador de Jaqueline.

Y descargando un golpe furioso sobre el casco del jefe, lo hizo añicos. Se vió entonces que la cabeza de Guillery ofrecia la viva imagen de Satanás aterrado. La palidez de la muerte cubria su rostro; sus cabellos negros flotaban en desorden sobre su amenazadora frente; sus ojos despedían llamas, y en sus desencajadas facciones se pintaban el furor, la desesperación y la venganza. Estaba sublime; pero bien fuese por cansancio ó por influencia supersticiosa, al ver levantada en alto la espada del hombre á quien creyó muerto por su brazo en el bosque, no fué ya dueño de su antigua bravura. Partesana (pues suponemos que el lector ha reconocido ya al sargento), iba á traspasar con su espada el pecho del bandido, cuando otro acero se cruzó con el suyo y libró á Guillery de la muerte.

—Nada nos debemos, le gritó entonces una voz conocida: huye ó vas á perecer.

—No: quiero morir aquí, respondió el jefe.

—Atrás, soldados: este hombre me pertenece.

—Pertenece á Dios y al rey, repuso el gobernador echando mano á Guillery: suelta la espada.

—Eso nó, gritó el último. Y empuñando el acero con fuerza lo arrojó al bosque.

—Ahora, caballeros, haced de mí lo que gustéis.

Y sin tratar de resistirse, se dejó prender y atar con tanta resignación, que los soldados la atribuyeron á astucia.

Los hombres de su partida imitaron la resignación de su jefe: ochenta fueron hechos prisioneros y amarrados á los árboles: una hora después habian dejado todos de existir.

Partesana corrió al castillo acompañado de Juan y de Ives, y tuvo el consuelo de estrechar á Jaqueline en sus brazos.

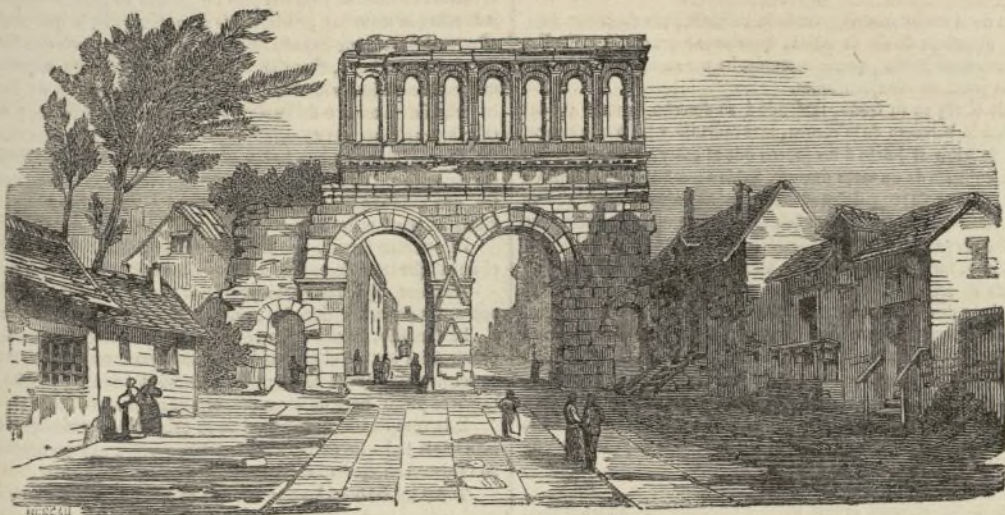
En cuanto á Guillery, casi nos parece inútil añadir que pereció en el cadalso.

La justicia de los hombres quedó satisfecha, y el cuerpo mutilado del jefe de los bandidos solo ofreció á sus mas implacables enemigos un espectáculo de horror y de piedad.

FIN.

PUERTA DE ARROUX.

Entre los diversos vestigios de antigüedad que se encuentran todavía en la ciudad de Autun, en Francia, es uno de los mas notables la puerta llamada de Arroux, cuyo nombre ha tomado de un rio que corre



(Puerta de Arroux.)

á su inmediación. Segun todas las señales de su construcción, debe pertenecer á la época romana; pero como no se encuentra en ella inscripción alguna, ni tampoco ha sido fácil hallar documento de ningún género que haga mención de ella, no podemos fijar la fecha de su creación. Se halla todavía muy bien conservada, y está construida á la manera de arco triunfal, con una altura de 17 metros por 19 de ancho; tiene cuatro entradas, dos para los carruajes y dos para los peatones, y en su parte superior se eleva una galería abierta, que tuvo diez arcos, pero que en el día no conserva mas que siete. Lo que mas llama la atención en este monumento es la nobleza y la elegancia de las proporciones.

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

(Conclusion.)

La Paz y la Riqueza tomaron la corona, y colocándola sobre las sienes de Orfelina, dieron á conocer la superioridad de aquella, que era en verdad la que en sus corazones infundía el pensamiento que las animaba, el fuego sagrado que agitaba su corazón.

De repente una nueva influencia de la vara mágica hizo desaparecer aquellos encantos, en que Alibar, invisible siempre, tomaba una parte con su admiración y alegría; y el palacio volvió á fundarse; y volvieron á ser los ricos salones, los costosos muebles, la ostentación suntuosa de la vivienda habitual de la Paz y la Riqueza, que como la Caridad, estaban también personificadas en dos bellas princesas, hijas únicas de un padre, señor de numerosos vasallos, y herederas de un imperio, cuya dicha estaban llamadas á establecer en el porvenir.

Todavía con la rapidez del pensamiento recorrieron Orfelina y Alibar el resto de las diferentes regiones del globo; allí descubrieron la inocencia empañada por la calumnia; acá legitimaban las justas esperanzas de la virtud; allá perseguían al vicio, que la Caridad lograba estirpar al tacto de su varilla suprema. Alibar recogía las pruebas de estos diferentes hechos; y á sus espaldas conducía un tesoro en monedas de todo el globo y muestras de lienzo, producto é industrias de la haz de la tierra que había recorrido.

El alba apuntaba apenas, cuando Orfelina, tocando con su vara mágica las puertas de su palacio y dejándolas francas, entraba seguida de Alibar, que iba lleno de cansancio.

La infanta, al entrar en su aposento, dejó á su acompañante en la antecámara, diciéndole:

—Quédate ahí y descansa.

Hablando de este modo penetró en su mas íntima estancia, y cerró en pos.

X.

Las ocho de la mañana serían, cuando con gran estrépito subieron los magnates y los palaciegos al cuarto de Orfelina: una algazara impropia de aquel lugar, daba á conocer la persuasión en que todos se hallaban de que el desdichado Alibar, tan desgraciado como sus predecesores, iba á entregar en un patíbulo una vida que había cometido la locura de jugar á los azares de una curiosidad terrible.

—Eh!... eh!... mozo!... A ver si despiertas!... exclamaron todos en tropel, al verle tendido sobre un sofá entregado á Morfeo.

—Si no le oyéramos roncar tanto, añadió uno de los de la compañía, diría que estaba muerto.

Efectivamente, parece que no da señales de vida; y eso que todos le hemos sacudido en toda regla... ¿Qué haremos para despertar á este hombre?

—Puesto que no vuelve en sí por bien, obliguémosle por mal.

—¿Cómo por mal?

—Pinchándole con cualquier cosa.

—Pinchándolo... ¡qué crueldad!

—Para lo que ha de vivir en este mundo, ¿qué importa que le anticipemos el martirio?

El que hablaba así era el alcaide de palacio, á quien se le achacaba muchas veces la culpa de las escursiones que se presumía no podía menos de hacer la infanta para gastar noche por noche un par de zapatos: este se hallaba muy interesado en que todas las pesquisas que se hiciesen para averiguar la verdad, fuesen en balde, propalando á viva fuerza que la salida de la infanta se verificaba siempre por la chimenea.

Tomó efectivamente un alfiler gordo, y dió á Alibar tan terrible pinchazo en el rostro, que comenzó á destilar sangre de la herida.

Alibar se puso en pié lleno de colera, y estuvo á punto de lanzarse sobre el que así le trataba; mas acordose de las obras que había visto practicar á la Caridad en la noche anterior, y dirigiendo una mirada dulce al conserje, le dijo:

—¿Qué me queréis?

—S. M., contestó el empleado, quiere que deis cuenta al punto de lo que habeis hecho: dispuesta está para vos, ó la horca, ó el tálamo nupcial: feliz ó infeliz, debeis de serlo definitivamente dentro de una hora.

—No vayais tan ligero, señor, contestó el jóven: he trabajado demasiado esta noche para que me halle dispuesto á complaceros con esa precipitación: no tengo fuerzas ni para hablar, cuanto menos para esponer la historia de una noche como la pasada, así de repente. Por otra parte, espero el honor de que presencie el acto la misma princesa; sin ella nada podría decir; ved pues si se encuentra en disposición de oiros, y avisadme.

El conserje, que había llevado la voz por pura osadía en presencia de los magnates enviados para el efecto, miró á estos, pues no se atrevió á resolver lo que ignoraba si sería asequible: no hubiera dado por sí esta tregua al pobre mozo, y hubiéralo obligado á producirse en el acto. Aquellos señores determinaron que fuese uno á esponer al rey lo que pasaba, para que S. M. mismo resolviese.

El mensajero, que no tardó en volver, manifestó é' asentimiento del rey á las justas pretensiones del jóven.

—S. M., dice, comprende demasiado que lo que se pide es una tregua; y la otorga en favor del que tan próximo de la muerte tiene valor para entregarse al sueño con tanta fé. Mas que tan pronto como la princesa se despierte bajen todos al estrado en donde se halla reunida la corte para juzgar.

XI.

La una de la mañana sería cuando la princesa, ataviada con lujo, y Alibar, dispuesto de día de fiesta, bajaron al gran tribunal. Era este un anchuroso balcon, que se comunicaba por medio de una escalera, con la plaza de las ejecuciones.

Sentado el rey en su trono, teniendo á su derecha algunas gradas mas abajo, á la heredera de la corona, mas radiante y bella que nunca, dió orden de abrir el juicio á los jueces que al pié y en frente de una gran mesa cubierta de un tapiz morado, habian tomado lugar; el jóven se hallaba, á guisa de reo y defensor de su propia causa, sentado en un banquillo algo distante, teniendo enfrente de sí otra mesa que él mismo habia hecho preparar.

Por último, fuera del pretil, en la ancha plaza que se extendia, y que cubierta de espectadores prestaba una vision imponente y temerosa, elevábase descarnada una alta horca, servida por los verdugos, vestidos con sus trajes encarnados, dispuestos á lanzarse sobre su presa como los cuervos en los campos de batalla.

El estruendo del populacho, que pedia á gritos el juicio, que debía, segun pensaba, producirle la fiesta del sacrificio de Alibar, no dejaba oír palabra en aquella especie de consistorio público; así que, mandó el rey que haciendo señal de atencion al público, se le impusiese silencio bajo las mas graves penas.

Hizose así, y el juicio empezó.

—Decid, decid, exclamó el que hacia de presidente, encaminando su voz al considerado reo: ¿sabeis cuál es el compromiso en que os habeis lanzado?

—Sí, lo sé, contestó Alibar con voz segura.

—Os habeis comprometido, prosiguió el juez, á descubrir el arcano que confunde al reino, acerca de la causa que motiva á la infanta el gasto de un par de zapatos por noche.

—Sí, sí.

—Mas se os impuso un galardón si lo descubriais, ó un castigo si como un impostor ó un temerario habiais puesto mano sin fruto á ese terrible secreto.

—Sí, sí, siéntese en el acto el premio como el castigo: que lo sepa el pueblo; que quede consignado. Ved si estais dispuestos á premiarme, como lo estoy yo á recibir el castigo; y no vacileis en consignar lo que os ruego; si así no lo haceis, yo no me consideraria obligado á pronunciar palabra, ni tendriais derecho para disponer de mi vida.

—Mozo, exclamó el rey: ¿tan lejos está de tus oídos la real palabra?... Si has descubierto el arcano, para tí será la mano de mi hija; de otro modo... la muerte...

—¡Consígnese!... ¡consígnese!...

El secretario consignó en claros términos, en una hoja de un gran libro, la eficiencia del premio y del castigo.

Alibar quedó satisfecho, porque las firmas del rey, de la infanta, de los embajadores, de los grandes, de la corte, de los jueces, y la suya propia, habian dado valor á aquel documento; y se dispuso á hablar.

Todo el mundo quedó admirado al oír el peregrino relato que con entusiasmo juvenil hizo Alibar acerca de los sucesos de la noche anterior: aquellas inmensas regiones atravesadas en pocos instantes sobre un calzado que, por decirlo así, arrebatava el cuerpo sin esfuerzo: aquellas extraordinarias escenas que se habian sucedido, y en las cuales lo maravilloso se habia asociado tanto con lo benéfico; y por último, la idea imponderable é ilimitada, de que la infanta constituyera en el mundo la personificación de la Caridad, hicieron un efecto en el auditorio imposible de describir.

¡Qué envidias debían desarrollarse después de aquella solución!... ¡Qué ambiciones presentarse á disputar á Alibar el tesoro tan legítimamente conquistado!... ¡Y cuán prudente habia sido este al hacer consignar el juicio ó el castigo de su aventura!...

Una voz hubo de cortar de repente aquella situación indefinible.

—Las pruebas!... las pruebas!... pronunció; y como si aquella palabra representase la palanca que iba á conmover y dar al traste con el edificio de verdad espuesto por el jóven con un fuego y entusiasmo digno de su causa.

—Las pruebas!... las pruebas!... prorumpieron de todos los ámbitos del tribunal, y de los mas lejanos rincones de la plaza.

Era aquella tempestad un anatema; era la sentencia de muerte de Alibar; era la esperanza recobrada por el pueblo de gozar del espectáculo que parecia próximo á escapársele de las manos.

Todos daban por difunto á Alibar, cuando este, haciendo señal con una serenidad cruel para la envidia, ó para los que no hubieran deseado, por capricho, una terminación tan feliz, dijo:

—Las pruebas... aquí están.

Y como una gota de aceite sobre las encrespadas olas del mar, aquellas pocas palabras tuvieron la virtud de aplacar el tumulto alzado por el populacho sobre su cabeza.

Poco hubiera durado esta favorable predisposición de los ánimos, si Alibar, sacando de bajo sus piés un repleto zurrón, no hubiera arrojado sobre la mesa las pruebas mas inequívocas de lo que acababa de afirmar: las onzas de España, los duros mejicanos, los luises franceses, las piastras inglesas, como los florines austriacos ó los soberanos alemanes: los pañuelos de Nipis ó de Manila; los chales de Cachemir, las telas de Holanda ó de Damasco; las perlas del Oriente, y el oro de Ofir: breves muestras de cuanto mas singular encierran las cinco partes de este globo en que habitamos, y á que llamamos mundo, todo fué espuesto allí en monton ante los estupefactos ojos de los circunstantes, que miraban con creciente asombro á Alibar y á Orfelina, de cuya gloria se veian eclipsados.

El príncipe Raout, que amaba vehementemente á la princesa, fué el único que trató de poner en duda la exactitud de las pruebas.

—Señores, dijo, todo esto ha podido tenerlo reunido este hombre, aun antes de haber llegado aquí: no le creamos... todo será falso!

El tumulto, pronto á tomar todos los caracteres que quisiese imprimir á los hechos el último que se producía, comenzó á murmurar en sentido contrario á Alibar; pero Orfelina descendiendo del solio, y sacando su junco, hace de él un presente al jóven.

Este comprende la voluntad de su señora; y extendiendo el talisman hacia todos los ámbitos del espacio, verifica una invocación á que no tardaron en corresponder las gentes en ella producidas.

Todos los favorecidos por Orfelina se presentaron como por encanto en el tribunal á deponer de la exactitud de las pruebas; y las aclamaciones del concurso al ver aquella invasión milagrosa, ahogaron hasta la postrera esperanza que pudiera alentar á Raout.

Lo mas admirable de todo fué la llegada en un soberbio meteoro, de la Paz y la Riqueza, en un traje pastoril, y seguidas del coro de pastores y ninfas, las cuales, tañendo laudes y entonando cánticos de alegría, cercaron á la infanta y comenzaron á ataviarla para la ceremonia nupcial.

No hubo remedio: Alibar triunfó; Orfelina fué esposa del dichoso jóven; y las régias fiestas que se sucedieron, compensaron sobradamente á los mal intencionados del afán de buscar un espectáculo sangriento, en donde solo debía haberlo de felicidad.

Aprended en Alibar la constancia: la virtud puede igualar con un príncipe al mas simple de los vasallos.

Aprended en Orfelina á practicar las buenas obras; pero á callarlas: los beneficios pierden cuando se hace de ellos alarde, cuando se les adopta como medio de mantener la vanidad.

Aprended en el desengaño de los pretendientes á Orfelina, á no partir de ligero y sin exámen en el juicio que debe formarse de los hechos humanos: las apariencias interpretadas á capricho acerca de Orfelina, hicieron á los príncipes faltar á su deber: por eso fueron castigados. Tal es tambien lo que sucedió al pueblo que esperó una ejecución, donde encontró un triunfo solamente.

FIN.

LA FLOR DE RESEDA, LEYENDA ORIGINAL.

(Conclusion.)

Mas como siempre el vulgo prodigios inventó, que menosprecia el sabio con necia presunción, ningún hombre de juicio el cuento aquel creyó, teniéndole por sueño de la imaginación.

Aquella misma noche, por un fatal evento, halló Inés una carta que, receloso y cuerdo su padre, habia guardado de una escarcela dentro: la carta era de Ulloa, su contenido un hecho que luto y amargura verter debiera inmensos: tal vez una mentira con visos verdaderos tal vez una apariencia creída sin recelo;

el implacable sino,
aborto del infierno,
de Inés la puso en manos
y dióle allí un veneno;
que á veces un escrito
es afilado acero,
y el que leyó la jóven
llevaba estos conceptos:

« Martin, amigo mio,
» mi pena es muy atroz:
» ayer tocaba al término
» ansiado por los dos
» de hallar á nuestro hijo
» (pues le amas como yo):
» supe por un criado,
» que el jóven amador,
» se hallaba en LA VICTORIA
» novicio en religion.
» Volé al convento, rápido
» pedi hablar al prior;
» mas era ya muy tarde;
» quiere probarnos Dios!
» Sin declarar mi anhelo
» dije mi pretension,
» y cruzando las manos
» con muestras de dolor,
» moviendo la cabeza
» el fraile, contestó:
» —Aquí estaba ese jóven
» modelo de fervor,
» de caridad cristiana,
» de santa abnegacion;
» mas hace quince dias
» que vértigo feroz
» turbando su cabeza,
» á todos nos turbó:
» creimos para siempre
» perdida su razon;
» mas luego, recobrado,
» la dicha nos volvió.

» Esta mañana misma,
» al toque de oracion
» aparecer no vimos
» al jóven...

—Cómo?

—No.

» Tal vez otro arrebató
» de loca exaltacion
» durante nuestro sueño
» su mente trastornó;
» y huyendo de nosotros,
» salvando aquel balcon,
» del Darro en la corriente
» sin duda se arrojó.
» —Qué pruebas teneis de ello?
» le dije.—Oh Dios de amor!
» Hemos visto en la orilla,
» su negro cinturón.

» Quedé petrificado
» con tal revelacion,
» y apenas tengo fuerzas
» de tal desgracia en pos,
» para escribirte, ay misero!
» mi pena y mi dolor,
» y decirte, que es tuyo
» tu amigo siempre. Adios!»

Ni el rayo que las nubes
con rigido estridor
abortan imponentes
en noche de turbion;

Ni de erizados mares
la poderosa voz,
cuando impelidos mughen
por fervido aquilon;

Nide apacible tierra
el súbito temblor,
cuando en su seno brama
volcánica erupcion,

Causar jamás pudieran
tan íntimo pavor,
como el que á tal noticia
la pobre Inés sufrió.

Sintió dentro del pecho
aguda punzacion,
y con entrambas manos
su seno comprimíó.

El dardo que, invisible,
la hiriera el corazon,
hasta su centro puro
terrible penetró.

Sin fuerza y sin aientos
cayó sobre un sillón,
de donde al lecho blando
su padre la llevó.

X.

EL SUICIDIO INVOLUNTARIO.

Es de agosto una tarde; el viento zumba,
y allá en Ocaso la tormenta brama;
cubierto el sol de enrojecidas nubes
ciñe á la tierra vestidura pálida:

Brotan los montes calinosa niebla
que en vago torbellino lenta baja,
ó ya se esparce por el bosque umbrío,
al soplo raudo de violenta ráfaga:

Fugaz describe el imponente rayo
ángulos vivos sobre nube parda,
y el eco triste de remoto trueno
al pasar estremece las montañas:

Gimen los brazos de la añosa encina
del huracan furioso á la pujanza,
y á su presion el junco y caña flébil
besan la faz de movedizas aguas.

Oyense dentro del feudal castillo,
que al pié de Lanjaron la frente alza,
tristes sollozos que arrebató el viento
y por el hondo valle desparra.

Tétricas tañen en la nueva iglesia
con clamores de muerte las campanas,
y el eco fiel repite su sonido,
que entre las peñas cóncavas resbala.

En coro ronco, planideras voces
al cielo elevan funeral plegaria,
salmos cantando sobre el cuerpo frio
de la virgen que al cielo dió su alma:

De la hermosura que aumentó algun dia
del fértil valle de Lecrin la gala;
de la cándida flor que irguió su tallo,
y el ábrego tenaz dejó agostada;

De Inés, en fin, que bajo el peso enorme
de un amor engendrado en la desgracia,
vió quebrantarse su existencia débil,
al ver morir la flor de su esperanza:

De Inés á quien la fiebre asoladora
que su amoroso pecho alimentara,
mató, cual sierpe que ponzoña infiltra,
dentro del seno que calor la daba.

Ya el sol oculto tras lejanos montes
de incierta luz el horizonte baña,
y luz rojiza de mortuorias teas
con la luz del crepúsculo batalla.

Allá en la cumbre de la oscura roca
se ve asomar, de nieblas circundada
cual genio adusto del dolor amargo,
lúgubre forma de existencia humana.

Cubre sus miembros, por el hambre secos,
túnica estrecha, cual su frente blanca,

y al estender sus demacrados brazos
rompe las nieblas que la luz le apagan.

De allí sus ojos centellantes miran,
y su oído atento sin cesar abarca
el rayo activo que las nubes hiende,
nubes de cedro con doradas franjas;

El ronco son del imponente trueno,
tristes clamores de fatal campana,
rojiza luz de mortuorias teas,
cóncavo hueco de una tumba helada,

Místicos cantos que hasta el cielo suben,
vientos tenaces que en las rocas braman,
un pueblo junto que á la muerte insulta,
mudo castillo que callando habla!

Mira de allí la comitiva fúnebre
que lenta al templo del olvido marcha,
y en hombros mira de enlutados pajes
los restos tristes de su triste amada.

Porque es Ricardo quien contempla mudo
la cruel escena que á sus ojos pasa;
Ricardo mismo que en febril instante
dejó la paz de religiosa calma,

Y allí, al abrigo de caverna oscura,
días de luto y de dolor pasaba,
orando á Dios mientras el sol lucía,
mirando el valle al espirar sus llamas.

Porque de allí, de la ríscosa cumbre
volar sentía imperceptible, vaga,
la esencia pura de las tiernas flores
que el dulce aliento de su Inés tocara;

Porque bebía el aromoso ambiente
que el sol de sus amores aspiraba,
y era un consuelo á su angustiado espíritu
mirar la cuna de su amor cercana.

Aquella tarde, como siempre, vino
allí, del cielo á contemplar la saña,
y vió estinguida por celeste mano
la hermosa lumbre que ilustró su alma.

En tanto el viento atronador mugía,
la luz del rayo lívida brillaba,
y el ronco son del imponente trueno
ahogaba el eco de fatal campana.

Siniestras voces, y gemidos, y ayes
en torbellino lúgubre rodaban,
y aquel conjunto pareció á Ricardo
despedazar sus miserías entrañas:

Funesta niebla cobijó sus ojos,
móvil la tierra se escapó á sus plantas,
faltóle aliento, y al profundo abismo
bajó, cual roca que su peso arrastra.

Hallóse al otro día entre las peñas
de la ríscosa, enmarañada falda,
el mutilado tronco de un cadáver,
restos que á conocer nadie alcanzaba:

Buscando indicios que su nombre dieran,
en su pecho se halló de oro una caja,
y dentro de ella un amarillo lazo
y una flor de reseda marchitada.

EPILOGO.

Este el término fué de los amores
que á Ricardo y á Inés atormentaron,
y estos los hechos que después alzaron
entre el vulgo tan lúgubres rumores.

Falta decir que se negó una tumba
al pobre jóven que *atendió á su vida*,
pues fué al morir tenido por suicida,
y el criminal es justo que sucumba.

Años después, la asoladora guerra
tendió sus crines de sangrienta llama,
y dando al mundo de su nombre fama,
con sangre y fuego le grabó en la tierra.

A impulso fuerte del incendio rojo
se hundió el castillo delicioso un día,
quedando solo, como fiel vigia,
de su pompa feudal triste despojo.

Ya nadie la desgracia recordaba
del buen Ricardo, ni su muerte fiera,
cuando paz bonancible y placentera
al pueblo devolvió dicha que ansiaba.

Mas al brillar un día en el oriente
del claro sol la luz radiante y pura,
se vió una cruz sobre la inmensa altura,
de leal recuerdo, signo permanente.

Todos la vieron colocada allí,
nadie la mano que la puso vió;
su aparición milagro se creyó,
mas yo obra de un amigo la creí.

Si algun anciano conservó memoria
de aquel fantasma que asomó en la cumbre,
legó á la venidera muchedumbre
una ficticia y peregrina historia;

Y esta es la causa porque algunos vieron
bajar al torreón, en noche oscura,
de un fraile sin cabeza la figura,
que tal vez entre sueños concibieron;

Y por lo que al clamor de la campana
se oyó en el eco, que en las rocas zumba,
una voz contestar allá lejana
pidiendo entre gemidos una tumba.

Febrero de 1846.

FRANCISCO J. ORELLANA.
FIN.



TEMPLO DE AUGUSTO Y DE LIVIA.

En Viena, departamento de Isere, en Francia, se encuentra un templo antiguo, que debió haberse consagrado á gloria del emperador Augusto. Está sostenido por columnas acanaladas de 8 metros 12 centímetros de alto, incluso los chapiteles y las bases, y estaba abierto por todos lados, dejando así lucir la esbeltez de las columnas. La longitud de este monumento era de 60 piés y su anchura de 40.

Trasformado en templo en 1089, fueron tapiados los intercolumnios, y se rompieron las acanaladuras para llenar los huecos.

Algun tiempo después quisieron restaurar la inscripcion que había en el frontis, y después de haber examinado con extraordinaria prolijidad y trabajo los agujeros donde habían estado las letras, se creyó que podía fijarse de este modo:

Con. Sen. Dñs. Augustó. Optimo. Máximo. et Dival Augustal.

En la actualidad se halla convertido en museo de antigüedades.

SOLUCION DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

¿Veis esa repugnante criatura,
chato, calvo, sin dientes, estevado,
viejo, harapos, tuerto y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

adrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Albarran.